

CAPÍTULO XVI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ AL INGENIOSO HIDALGO
EN LA VENTA QUE ÉL IMAGINÓ CASTILLO

El ventero, que vio a don Quijote atravesado en el asno, preguntó a Sancho qué mal traía. Sancho le respondió que no era nada, sino que había tenido una caída de una peña abajo, y que venía con las costillas algo magulladas. Tenía el ventero por mujer a una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque era de natural caritativa y se compadecía de las calamidades de sus prójimos. Y así, acudió inmediatamente a curar a don Quijote, e hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen ver, la ayudase a curar a su huésped.

Servía en la venta también una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, tuerta de un ojo y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que se le cargaban un tanto, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó a la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama a don Quijote en un camaranchón o desván que daba manifiestos indicios de haber servido de pajar muchos años en otro tiempo.

En él también se alojaba un arriero, que tenía su cama un poco más allá de la de nuestro don Quijote, y aunque estaba hecha con las enjalmas y mantas de sus machos, aventajaba en mucho a la de don Quijote, que sólo tenía cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos y un colchón que por lo delgado parecía colcha, lleno de bultos, que, de no mostrar por algunas roturas que eran de lana, al tiento semejaban en la dureza guijarros, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una manta de la que si se le quisieran contar los hilos, no se perdería uno solo de la cuenta.

En esta maldita cama se acostó don Quijote, y luego la ventera y su hija lo emplastaron de arriba abajo, mientras las alumbraba Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al ponerle los emplastos vio la ventera a don Quijote tan acardena-

lado por todas partes, dijo que aquello más parecían golpes que caída.

—No fueron golpes —dijo Sancho—, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y cada uno hizo su cardenal.

Y añadió:

—Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas cataplasmas, que no faltará quien tenga menester de ellas, que también a mí me duelen un poco los lomos.

—O sea —respondió la ventera—, que también debisteis vos de caer.

—No caí, sino que del sobresalto que me entró al ver caer a mi amo, me duele igual a mí el cuerpo, que me parece que me hayan dado mil palos.

—Bien podría ser eso —dijo la doncella—, que a mí me ha acontecido muchas veces soñar que caía de una torre abajo y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, me hallaba tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caído.

—Ahí está el toque, señora —respondió Sancho Panza—, que yo, sin soñar nada, sino estando más despierto que estoy ahora, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote.

—¿Cómo se llama este caballero? —preguntó la asturiana Maritornes.

—Don Quijote de la Mancha, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de largos tiempos acá se han visto en el mundo.

—¿Qué es caballero aventurero? —replicó la moza.

—¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? Pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en un abrir y cerrar de ojos se ve apaleado y emperador: hoy es la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y mañana tendrá dos o tres coronas de reinos que dar a su escudero.

—Entonces ¿cómo vos, siéndolo de este tan buen señor —dijo la ventera—, no tenéis, por lo que parece, ni un condado siquiera?

—Aún es temprano, porque no hace sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea. Y puede suceder que se busca una cosa y se halla otra. Lo cierto es que si mi señor don Quijote sana de esta herida... o caída, y yo no quedo contrahecho de ella, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España.

Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano a la ventera, le dijo:

—Creedme, hermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habéis hecho, para agradecéroslo mientras la vida me dure. Y ojalá placiera a los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto a sus leyes y a los ojos de aquella hermosa ingrata que susurro entre dientes, que los de esta hermosa doncella serían señores de mi libertad.

Confusas estaban la ventera y su hija y la buena de Maritornes oyendo las palabras del andante caballero, que así las entendían como si hablara en griego, aunque comprendieron de sobra que todas se encaminaban a ofrecimiento y requiebros; y, como no acostumbradas a semejante lenguaje, lo miraban y se admiraban, y les parecía otro hombre de los que se estilaban; y agradeciéndole con venteriles palabras sus ofrecimientos, lo dejaron, y la asturiana Maritornes curó a Sancho, que no lo necesitaba menos que su amo.

Había concertado el arriero con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en cuanto estuvieran sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, lo iría a buscar y a satisfacerle el gusto en todo lo que le mandase. Y cuántase de esta buena moza que jamás dio palabras tales que no las cumpliera, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía de muy hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta, porque decía ella que desgracias y malos sucesos la habían puesto en aquella tesitura.

El duro, estrecho, apocado y ruin lecho de don Quijote estaba a la entrada y en mitad de aquel destartalado establo, y junto a él hizo también el suyo Sancho, que sólo tenía una estera de enea y una manta que más bien mostraba ser de cáñamo pelado que de lana. A continuación de estos dos lechos estaba el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía, que eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo,

según lo dice el autor de esta historia, que de este arriero hace particular mención porque lo conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo. Aparte que Cide Hamete Benengeli fue historiador muy cuidadoso y muy preciso en todas las cosas, y a la vista está, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y a ras del suelo, no las quiso pasar en silencio; de donde podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan los hechos tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dejándose en el tintero, ya por descuido, por malicia o ignorancia, lo más sustancial de la obra. ¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del conde Tomillas: con qué exactitud lo describen todo!

Digo, pues, que después de haber visitado el arriero a su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas y se dio a esperar a su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho emplazado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus costillas; y don Quijote, con el dolor de las suyas, tenía los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que ardía colgada en medio del portal.

Esta maravillosa quietud (y los pensamientos que nuestro caballero traía siempre de los sucesos que a cada paso se cuentan en los libros responsables de su desgracia) le trajo a la imaginación una de las extrañas locuras que pueden imaginarse buenamente. Y fue que él se imaginó haber llegado a un famoso castillo (que, como se ha dicho, a su parecer todas las ventas donde se alojaba eran castillos) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, quien, vencida por su gentileza, se había enamorado de él y prometido que aquella noche, a hurto de sus padres, vendría a yacer con él un buen rato; y teniendo por firme y valedera toda esta quimera que él se había fabricado, se comenzó a inquietar y a pensar en el peligroso trance en que su honestidad iba a verse, y decidió en su corazón no cometer traición a su señora Dulcinea (del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quinaña se le pusiesen delante).

Pensando, pues, en estos disparates, llegó el tiempo y la hora (que para él fue aciaga) de la venida de la asturiana, quien, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una cofia de fustán, con

tiento y silenciosos pasos, entró en el aposento donde se alojaban los tres, en busca del arriero. Pero apenas llegó a la puerta, la sintió don Quijote, y sentándose en la cama, a pesar de sus emplastos y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su hermosa doncella. La asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos por delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, que la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Le tentó luego la camisa, y, aunque era de arpillera, a él le pareció de finísimo y delgado cendal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los tuvo por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor oscurecía al del mismo sol; y el aliento, que sin duda alguna olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un suave y aromático olor; y, en fin, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que había leído en sus libros de una princesa que, vencida de sus amores y con todos los adornos que aquí van puestos, vino a ver a un caballero malherido. Y era tanta la ceguera del pobre hidalgo, que ni el tacto ni el aliento ni las otras cosas que traía la buena doncella, y que podrían hacer vomitar a otro que no fuera arriero, lo desengañaban: antes le parecía que tenía entre sus brazos a la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, le comenzó a decir en voz amorosa y baja:

—Quisiera hallarme, hermosa y alta señora, en condición de poder pagar tamaña merced como la que con la visita de vuestra gran fermosura me habéis fecho. Pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir a los buenos, ponerme en este lecho, donde yazgo tan molido y quebrantado, que aunque mi voluntad quisiera satisfacer la vuestra, sería imposible. Y además, a esta imposibilidad se añade otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada a la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no estuviera de por medio, no sería yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto.

Maritornes estaba acongojadísima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y, sin entender ni estar atenta a las razones que le decía, procuraba desasirse sin hablar palabra. El bueno

del arriero, a quien tenían despierto sus malos deseos, sintió a su coima desde el momento en que entró por la puerta, y escuchaba atento todo lo que decía don Quijote; y celoso de que la asturiana hubiese faltado a su palabra por otro, se fue arrimando más al lecho de don Quijote, y se estuvo quedo hasta ver en qué paraban aquellas palabras que él no podía entender; pero como vio que la moza forcejaba por desasirse y don Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto y descargó tan terrible puñetazo sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre; y no contento con esto, se le subió encima de las costillas y con los pies más que al trote se las paseó todas de arriba abajo.

El lecho, que era bastante endeble y de no firmes fundamentos, no pudo sufrir la añadidura del arriero y dio consigo en el suelo, a cuyo gran ruido despertó el ventero, e inmediatamente imaginó que debían de ser pendencias de Maritornes, porque, habiéndola llamado a voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fue hacia donde había sentido la disputa. La moza, viendo que su amo venía y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada se acogió a la cama de Sancho Panza, que aún dormía, y allí se acurrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo:

—¿Adónde estás, puta? ¡A buen seguro que esto es cosa tuya!

En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de él, pensó que tenía una pesadilla y comenzó a dar puñetazos a una y otra parte, y, entre otros, alcanzó con no sé cuántos a Maritornes, que, resentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho con tantos, que a su pesar le quitó el sueño; y este, viéndose tratar de aquella manera y sin saber por quién, alzándose como pudo, se abrazó a Maritornes, y comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo.

Viendo, pues, el arriero a la lumbrera del candil del ventero cómo andaba su dama, dejando a don Quijote, acudió a darle el socorro necesario. Lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porque fue a castigar a la moza, creyendo sin duda que sólo ella era la causa de toda aquella armonía.

Y así como suele decirse «el gato al ratón, el ratón a la cuerda, la cuerda al palo», daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza, y todos menudeaban con tanta

prisa, que no se daban ningún reposo; y lo mejor fue que al ventero se le apagó el candil, y, como quedaron a oscuras, se daban tan sin compasión todos a bulto, que dondequiera ponían la mano no dejaban cosa sana.

Casualmente se alojaba aquella noche en la venta un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad Vieja de Toledo, quien, oyendo también el extraño estruendo de la pelea, asió su media vara y la caja de lata de sus acreditaciones, y entró a oscuras en el aposento, diciendo:

—¡Alto en nombre de la justicia! ¡Alto en nombre de la Santa Hermandad!

Y el primero con quien topó fue con el apuñeado don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y echándole a tientas mano a las barbas, no cesaba de decir:

—¡Respeto a la justicia!

Pero viendo que el que tenía asido no bullía ni se meneaba, supuso que estaba muerto y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha, reforzó la voz, diciendo:

—¡Ciérrese la puerta de la venta! ¡Miren no se vaya nadie, que han muerto aquí a un hombre!

Esta voz sobresaltó a todos, y cada cual dejó la pendencia en cuanto oyó la voz. Se retiró el ventero a su aposento, el arriero a sus enjalmas, la moza a su tabuco; sólo los desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote y salió a buscar luz para buscar y prender a los delincuentes, pero no la halló, porque el ventero había muerto la lámpara a propósito cuando se retiró a su estancia; y al cuadrillero le fue forzoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió otro candil.

CAPÍTULO XVII

*DONDE SE PROSIGUEN LOS INNUMERABLES AFANES
QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO
SANCHO PANZA PASARON EN LA VENTA
QUE POR SU MAL PENSÓ QUE ERA CASTILLO*

Había ya vuelto en este tiempo de su desmayo don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el día antes había llamado a su escudero, cuando estaba tendido «en el val de las estacas», le comenzó a llamar, diciendo:

—Sancho amigo, ¿duermes? ¿Duermes, Sancho amigo?

—¡Qué voy dormir, maldita sea—respondió Sancho, lleno de pesadumbre y de despecho—, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche!

—Así, sin duda, puedes creerlo, porque o yo sé poco, o este castillo está encantado. Porque has de saber... Pero esto que ahora quiero decirte me has de jurar que lo tendrás en secreto hasta después de mi muerte.

—Lo juro.

—Lo digo—insistió don Quijote— porque soy enemigo de que se quite la honra a nadie.

—Digo que juro que lo callaré hasta después que muera vuestra merced, y quiera Dios que lo pueda contar mañana.

—¿Tan malas obras te hago, Sancho, que me querrias ver muerto con tanta brevedad?

—No es por eso, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no quería que se me pudriesen de guardadas.

—Sea por lo que fuere—dijo don Quijote—, confío en tu amor y en tu cortesía. Y así, has de saber que esta noche me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo pueda encarecer, y por contártela en breve, sabrás que hace un rato vino a mí la hija del señor de este castillo, que es la más apuesta y hermosa doncella que se puede hallar en gran parte de la tierra. ¿Qué te podría decir del adorno de su persona? ¿Qué de su gallardo entendimiento? ¿Qué de otras cosas ocultas, que, por guardar la fe que debo a mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio?

Sólo te quiero decir que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos —o quizá, y esto es lo más cierto, que, como tengo dicho, este castillo está encantado—, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo viese ni supiese por dónde venía, vino una mano pegada a algún brazo de algún descomunal gigante, y me asentó tal puñetazo en las quijadas, que las tengo todas bañadas en sangre; y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros nos hicieron el agravio que sabes por las demasías de Rocinante. Por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura de esta doncella lo debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí.

—Ni para mí tampoco —respondió Sancho—, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado a mí, de manera que el molimiento de las estacas fue tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, cómo llama a esta aventura buena y rara, habiendo quedado de ella como quedamos. Aún vuestra merced, menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero ¿yo qué tuve, sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las maldanzas me cabe la mayor parte!

—¿Luego también estás tú aporreado? —preguntó don Quijote.

—¿No le he dicho que sí, maldita sea mi suerte?

—No tengas pena, amigo —dijo don Quijote—, que yo haré ahora el bálsamo precioso, con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto el cuadrillero de encender el candil y entró a ver al que pensaba que estaba muerto; y en cuanto lo vio entrar Sancho, viéndolo venir en camisión y con su gorro de dormir y candil en la mano y con una muy mala cara, preguntó a su amo:

—Señor, ¿será este, casualmente, el moro encantado, que nos vuelve a castigar, por si se dejó algo en el tintero?

—No puede ser el moro —respondió don Quijote—, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

—Si no se dejan ver, se dejan sentir; si no, díganlo mis espaldas.

—También lo podrían decir las mías, pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro.

Llegó el cuadrillero y, como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que don Qui-

jote aún se estaba boca arriba, sin poderse menear, de puro molido y emplastado. Se llegó a él el cuadrillero y le dijo:

—¿Cómo va, compadre?

—Yo que vos —respondió don Quijote—, hablaría con un poco más de respeto. ¿Se usa en esta tierra hablar de ese modo a los caballeros andantes, majadero?

El cuadrillero, que se vio tratar tan mal por un hombre con tan mal aspecto, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite, dio a don Quijote con él en la cabeza, de suerte que lo dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó a oscuras, volvió a salir, y Sancho Panza dijo:

—Sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros sólo guarda los golpes y los candilazos.

—Así es —respondió don Quijote—, y no hay que hacer caso de estas cosas de encantamientos, ni hay por qué encolerizarse ni enojarse con ellas, que, como son invisibles y fantásticas, no hallaremos en quién vengarnos, por más que lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide de esta fortaleza y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo; que en verdad creo que lo estoy necesitando ya, porque se me va mucha sangre por la herida que ese fantasma me ha hecho.

Se levantó Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue a oscuras adonde estaba el ventero; y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo:

—Señor, quienquiera que seáis, hacednos la merced y la caridad de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, precisos para curar a uno de los mejores caballeros andantes de la tierra, que yace en aquella cama malherido a manos del encantado moro que está en esta venta.

Cuando el cuadrillero oyó esto, lo tuvo por hombre falto de seso. Y, porque ya comenzaba a amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que quería aquel buen hombre. El ventero lo proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó a don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza, quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho otro mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta.

En conclusión, tomó él los ingredientes e hizo con ellos un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen rato, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego una redoma para echarlo, y como no la había en la venta, se resolvió a ponerlo en una alcuza o aceitera de hojalata, de la que el ventero le hizo grata donación, y a continuación dijo sobre la alcuza más de ochenta padrenuestros y otras tantas avemarías, salves y credos, y a cada palabra acompañaba una cruz, a modo de bendición; a todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero andaba ocupado atendiendo tranquilamente a sus machos.

Hecho esto, quiso él mismo entonces experimentar la virtud de aquel bálsamo que él se imaginaba precioso; y así, se bebió casi media azumbre, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó a vomitar, de manera que no le quedó nada en el estómago; y con las ansias y agitación del vómito le dio un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que lo arropasen y lo dejaran solo. Así lo hicieron y se quedó dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás y que con aquel remedio podría acometer de allí en adelante, sin temor alguno a calamidades, todas las batallas y pependencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo por milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese a él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Se lo concedió don Quijote, y él, tomándola a dos manos, con buena fe y mejor talante se la echó entre pecho y espalda y envasó bien poco menos que su amo. El caso es que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y así, antes que vomitase le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que bien y verdaderamente pensó que había llegado su última hora; y viéndose tan afligido y acongojado, maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndolo así don Quijote, le dijo:

—Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no haberte armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar a los que no lo son.

—Si sabía eso vuestra merced —replicó Sancho—, ¡mal haya yo y toda mi parentela!, ¿por qué consintió que lo probase?

En esto hizo su operación el brebaje y comenzó el pobre escudero a desaguarse con tanta prisa por las dos canales, que ni la estera de enea sobre la que se había vuelto a echar, ni la manta de cáñamo con que se cubría, fueron ya más de provecho. Sudaba y trasudaba con tales vahídos y temblores, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Le duró esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podía tener.

Pero don Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse inmediatamente a buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que se tardaba allí era quitárselo al mundo y a los en él menesterosos de su favor y amparo, y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado de este deseo, él mismo ensilló a Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, a quien también ayudó a vestir y a subir en el asno. Se puso luego a caballo y, llegándose a un rincón de la venta, agarró un lanzón que estaba allí, para que le sirviese de lanza.

Todos cuantos había en la venta, que pasaban de veinte personas, se lo quedaban mirando; lo miraba también la hija del ventero, y él tampoco le quitaba el ojo, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro, que parecía que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del dolor que sentía en las costillas —o eso al menos pensaban los que la noche antes le habían visto ponerse los emplastos.

En cuanto estuvieron los dos a caballo, puesto junto a la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dijo:

—Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo a agradeceroslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar vengándoos de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro que amparar a los que poco pueden y vengar a los que reciben tuertos y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa de este jaez que encomendarme, no hay más que decirla, que yo os prometo por la orden de caballero que recibí satisfaceros y pagaros a vuestra entera satisfacción.

El ventero le respondió con el mismo sosiego:

—Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hace. Sólo es preciso que vuestra merced me pague el gasto que ha hecho esta noche en la venta, tanto de la paja y cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

—Luego ¿venta es esta? —replicó don Quijote.

—Y muy honrada.

—¡Engañado he vivido hasta aquí!, que en verdad pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis la paga, que yo no puedo contravenir a la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto, sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario, que jamás pagaron hospedaje ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe por fuero y por derecho cualquier buen recibimiento que se les haga, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, a pie y a caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos a todas las inclemencias del cielo y a todas las incomodidades de la tierra.

—Poco tengo yo que ver en eso —respondió el ventero—. Págueme lo que se me debe y dejémonos de cuentos y de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con velar por mi hacienda.

—Vos sois un sandio y mal hospedero —respondió don Quijote.

Y metiendo espuelas a Rocinante y terciando su lanzón se salió de la venta sin que nadie lo detuviese, y sin mirar si le seguía su escudero, se alejó un buen trecho.

El ventero, que lo vio irse y que no le pagaba, acudió a cobrar a Sancho Panza, quien le dijo que pues su señor no había querido pagar, él tampoco pagaría, porque, siendo él como era escudero de caballero andante, la misma regla y razón corría para él que para su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Se enojó mucho con esto el ventero y lo amenazó con que si no le pagaba, lo cobraría de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría ni un maravedí, aunque le costase la vida, porque no quería que por su causa se perdiera la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se quejaran de él los escuderos de los

tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro cardadores de lana de Segovia, tres puñaleros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bienintencionada, maleante y juguetona, quienes, casi como instigados y movidos por un mismo espíritu, se llegaron a Sancho, y, tras apearlo del asno, uno de ellos entró por la manta de la cama del ventero y, echándolo en ella, alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que era menester para su obra, y decidieron salirse al corral, que tenía por límite el cielo; y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron a levantarlo en alto y a divertirse con él como con perro por carnavales.

Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron a oídos de su amo. Se detuvo este a escuchar atentamente, y creyó que le venía alguna nueva aventura, hasta que dedujo claramente que el que gritaba era su escudero. Y, volviendo las riendas, llegó con un penoso galope a la venta y, hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero apenas hubo llegado a las paredes del corral, que no eran muy altas, vio el mal juego que se le hacía a su escudero. Lo vio bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se habría reído. Probó a subir desde el caballo a las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que no pudo ni apearse. Y así, desde encima del caballo comenzó a decir tantos denuestos y baldones a los que manteaban a Sancho, que no es posible acertar a escribirlos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas, ya con amenazas, ya con ruegos; pero todo servía de poco, ni sirvió, hasta que de puro cansados le dejaron. Le trajeron allí su asno, y, subiéndolo encima, le arrojaron con su gabán. Y a la compasiva de Maritornes, viéndolo tan fatigado, le pareció que estaría bien socorrerlo con un jarro de agua, y así, se lo trajo del pozo, por ser más fría. Lo tomó Sancho y, llevándolo a la boca, se paró a las voces que su amo le daba, diciendo:

—¡Hijo, Sancho, no bebas agua! ¡Hijo, no la bebas, que te matará! Mira, aquí tengo el santísimo bálsamo —y le enseñaba la alcuza del brebaje—, que con dos gotas que bebas de él sanarás sin duda.

A estas voces volvió Sancho los ojos como de soslayo, y dijo con otras mayores:

—¿Se le ha olvidado por suerte a vuestra merced que yo no soy caballero? ¡O quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche! ¡Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme a mí!

Y el acabar de decir esto y el comenzar a beber fue todo uno. Pero como al primer trago vio que era agua, no quiso seguir, y rogó a Maritornes que se lo trajese de vino, y así lo hizo ella de muy buena gana, y lo pagó de su propio dinero. Porque, en efecto, se dice de ella que aunque estaba en aquel trato, tenía sombras y barruntos de cristiana.

En cuanto Sancho bebió, le metió los calcaños al asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, salió por ella muy contento de no haber pagado nada y de haberse salido con la suya, aunque había sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Cierta es que el ventero se quedó con sus alforjas, en pago de lo que se le debía; pero Sancho no las echó de menos, según salió turbado. En cuanto lo vio fuera, quiso el ventero atrancar bien la puerta, pero no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no hubiesen dado por él ni dos maravedís.

CAPÍTULO XVIII

*DONDE SE CUENTAN LOS COLOQUIOS QUE MANTUVO
SANCHO PANZA CON SU SEÑOR DON QUIJOTE,
Y OTRAS AVENTURAS DIGNAS DE SER CONTADAS*

Llegó Sancho junto a su amo tan marchito y desmayado, que no podía arrear a su jumento. Cuando lo vio así don Quijote, le dijo:

—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo o venta está encantado sin duda, porque aquellos que te tomaron como pasatiempo tan atrocemente ¿qué podían ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debían de tener encantado. Que te juro por la fe de quien soy que si hubiera podido subir o apearme, yo te habría vengado, y de tal manera, que aquellos follones y malandrines se habrían acordado de la burla para siempre, aunque en ello pudiera contravenir a las leyes de la caballería, que, como ya muchas veces te he dicho, no consienten que un caballero le ponga la mano encima a quien no lo sea, si no es en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.

—También yo me hubiese vengado de haber podido, fuese o no armado caballero, pero no pude; aunque tengo para mí que aquellos que se solazaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros; y todos tenían sus nombres, según los oí nombrar cuando me volteaban: uno se llamaba Pedro Martínez, y otro Tenorio Hernández, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo. Así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral ni apearse del caballo estuvo en otra cosa que en encantamientos. Y lo que yo saco en limpio de todo esto es que estas aventuras que andamos buscando nos han de traer al fin y al cabo tantas desventuras, que no sabremos cuál es nuestro pie derecho. Y lo mejor y más acertado, según mi poco entendimiento,

sería volvernó a nuestro pueblo, ahora que es tiempo de la siega y de ocuparse de la hacienda, dejándonos de andar de la ceca a la meca y de Villamal a Villapeor, como dicen.

—¡Qué poco sabes, Sancho, en materia de caballería! Calla y ten paciencia, que día vendrá donde veas con tus propios ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio. Si no, dime: ¿qué mayor contento puede haber en el mundo o qué gusto puede igualarse al de ganar una batalla y al de triunfar de su enemigo? Ninguno, sin duda alguna.

—Así debe de ser —respondió Sancho—, aunque yo no lo sé; sólo sé que desde que somos caballeros andantes, o vuestra merced lo es (que no tengo yo por qué contarme en tan honroso número), jamás hemos ganado batalla alguna, aparte de la del vizcaíno, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media cecada menos; que de entonces acá todo han sido palos y más palos, puñetazos y más puñetazos, llevando yo de ventaja el mantenimiento y el haberme sucedido por personas encantadas, de las que no puedo vengarme para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.

—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, pero de aquí en adelante procuraré yo tener a mano alguna espada hecha con tal ciencia, que al que la lleve consigo no le puedan hacer ningún género de encantamientos; y aun podría ser que me deparase la ventura aquella de Amadís, cuando se llamaba el Caballero de la Ardiente Espada, que fue una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque, aparte que tenía la virtud dicha, cortaba como una navaja y no había armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le pusiese por delante.

—Soy tan venturoso yo —dijo Sancho—, que, cuando eso ocurra y vuestra merced llegue a hallar semejante espada, sólo vendrá a servir y aprovechar a los armados caballeros, como el bálsamo; y a los escuderos, que los parta un rayo.

—No temas eso, Sancho, que el cielo te protegerá.

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vio don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

—Este es el día, Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte. Este es el día, digo, en que se ha de mostrar, como en ningún otro, el valor de mi brazo, y en el que he de

hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda está cuajada de un copiosísimo ejército que por allí viene marchando con diversas e innumerables gentes.

—A esa cuenta, deben de ser dos —dijo Sancho—, porque de esta parte contraria se levanta también otra polvareda semejante.

Volvió a mirarlo don Quijote y vio que así era y, alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura: porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que se cuentan en los libros de caballerías, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía estaba encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes rebaños de ovejas y carneros que venían por aquel mismo camino de dos partes diferentes, y que con el polvo no se dejaron ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer y a decirle:

—Señor, ¿y qué vamos a hacer nosotros?

—¿Qué? —dijo don Quijote—. Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este que nos viene de frente lo conduce y guía el gran emperador Alifanfarón, señor de la gran isla Trapobana; y este otro que marcha a mis espaldas es el de su enemigo, el rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

—¿Y por qué se quieren tan mal estos dos señores? —preguntó Sancho.

—Se quieren mal porque este Alifanfarón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y en extremo agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve a la suya.

—¡Por mis barbas que hace muy bien Pentapolín, y que le tengo que ayudar en cuanto pueda!

—En eso harás lo que debes, Sancho, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere haber sido armado caballero.

—Bien se me alcanza eso, pero ¿dónde pondremos a este asno que estemos seguros de hallarlo después de pasada la refriega?

Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que se haya usado hasta ahora.

—Tienes razón —dijo don Quijote—. Lo que puedes hacer con él es dejarlo a sus aventuras, aunque se pierda, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun Rocinante corre peligro de que no lo trueque por otro. Pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que vienen en estos dos ejércitos. Y para que los veas mejor y distingas, retirémonos a aquella loma que está allí, desde donde se deben de avistar los dos ejércitos.

Lo hicieron así y se pusieron sobre la loma, desde la cual se hubiesen visto bien los dos rebaños que a don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les hubiesen turbado y cegado la vista; pero aun con esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó a decir:

—Aquel caballero vestido con cotas amarillas que allí ves, que trae en el escudo un león coronado rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro, con las cotas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemo, gran duque de Quirocia; el otro de miembros gigantes, que está a su mano derecha, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, y viene vestido con aquella piel de serpiente y tiene por escudo una puerta que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos a esta otra parte y verás delante y al frente de este otro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene vestido con las cotas partidas en cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una inscripción que dice «Miau», que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro, que carga y oprime los lomos de aquel poderoso corcel y trae las cotas blancas como la nieve y el escudo blanco sin empresa alguna, es un caballero novel, francés de nación, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique; el otro que bate las ijadas con sus herrados calcaños a aquella pintada y ligera cebría y trae las armas con sus veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilar-

do del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con un lema en castellano que dice así: «Rastrea mi suerte».

Y de esta manera fue nombrando muchos caballeros que él se imaginaba del uno y del otro escuadrón, y a todos les dio sus cotas, colores, divisas y lemas de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar, prosiguió diciendo:

—Este escuadrón frontero lo forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que bebían las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos que pisan los campos masilicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la feliz Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pactolo; los numidas, poco fiables en sus promesas; los persas, arcos y flechas famosos; los partos, los medos, que pelean huyendo; los árabes de mudables casas; los escitas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque no me acuerdo de sus nombres. En este otro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos prados jerezanos; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en el Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del frondoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; y por último y también, cuantos contiene y encierra en sí toda la Europa.

¡Válgame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le correspondían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos!

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza por ver si veía a los caballeros y gigantes que nombraba su amo; y como no descubría ninguno, le dijo:

—Señor, que el diablo se lleve hombre, gigante o caballero de cuantos vuestra merced dice que aparecen por ahí. Al menos, yo

no los veo. Quizá todo debe ser encantamiento, como los fantasmás de anoche.

—¿Cómo dices eso? —dijo don Quijote—. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores?

—No oigo otra cosa sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y esa era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

—El miedo que tienes te hace, Sancho, que ni veas ni oigas a derecha, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son. Y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo me basto para dar la victoria a la parte a quien yo dé mi ayuda.

Y diciendo esto, puso las espuelas a Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo.

Le dio voces Sancho, diciéndole:

—¡Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que por Dios que son carneros y ovejas las que va a embestir! ¡Vuélvase, por mi padre! ¿Qué locura es esta? Mire que no hay gigante ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace, pecador de mí?

Ni por esas volvió don Quijote; antes al contrario iba diciendo a grandes voces:

—¡Ea, caballeros, los que seguís y militáis bajo las banderas del valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo, seguidme todos! ¡Veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana!

Diciendo esto, se entró por medio del escuadrón de las ovejas y comenzó a alancearlas con tanto coraje y desnudo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que venían con la manada le daban voces de que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, se descañaron las hondas y comenzaron a saludarle los oídos con piedras como puños. Don Quijote no se preocupaba de las piedras, antes bien, yendo de un lado para otro, decía:

—¿Dónde estás, soberbio Alifanfarón? ¡Vente a mí, que soy un caballero solo, que desea, de solo a solo, probar tus fuerzas y quitarte la vida, en castigo del que le das al valeroso Pentapolín de Garamanta!

Llegó en esto una peladilla de arroyo y, dándole en un lado, le separtó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó

sin duda que estaba muerto o malherido. Y acordándose de su licor, sacó su alcuza y se la puso en la boca y comenzó a echar licor en el estómago; pero antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y le dio en la mano y en la alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca y machacándole malamente dos dedos de la mano.

Tal fue el golpe primero y tal el segundo, que el pobre caballero no pudo hacer otra cosa que venirse del caballo abajo. Se llegaron a él los pastores y creyeron que lo habían muerto, y así, con mucha prisa recogieron su ganado y cargaron las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron.

Se estaba Sancho todo este tiempo sobre la cuesta mirando las locuras que hacía su amo, y se arrancaba las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se lo había dado a conocer. Viéndolo, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y se llegó a él, y lo halló con muy mal aspecto, aunque no había perdido el sentido, y le dijo:

—¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a acometer no eran ejércitos, sino rebaños de carneros?

—Aquel ladrón de mi enemigo el mago puede hacer desaparecer y transformar eso y más. Has de saber, Sancho, que es muy fácil cosa para esos tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vio que yo iba a alcanzar en esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en rebaños de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, para que te desengañes y veas que es verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos con sigilo, y verás que en cuanto te alejes de aquí un poco, vuelven a su ser primero y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté antes. Pero no vayas ahora, que tengo menester de tu favor y ayuda: llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca.

Se llegó Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fue en el momento en que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote; y al tiempo que Sancho se acercó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto tenía dentro, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.

—¡Santa María! —dijo Sancho—, ¿y qué es esto que me ha suce-

dido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca.

Pero, reparando un poco más en ello, advirtió en el color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le había visto beber; y fue tanto el asco que le dio, que se le revolvió el estómago y vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron ambos como de perlas. Acudió Sancho a su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse y con qué curar a su amo, y como no las halló, estuvo a punto de perder el juicio: se maldijo de nuevo y se propuso en su corazón dejar a su amo y volverse a su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida insula.

Se levantó en esto don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, para que no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que no se había movido de junto a su amo —tal era de leal y bien dispuesto—, y se fue adonde estaba su escudero, puesto de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla, en guisa de hombre profundamente pensativo. Y viéndolo don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo:

—Has de saber, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que pronto ha de serenar el tiempo y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así que no debes acongojarte por las desgracias que a mí me suceden, pues a ti no te cabe parte de ellas.

—¿Cómo no? —respondió Sancho—. ¿Por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis cosas son de otro que del mismo?

—¿Cómo que te faltan las alforjas, Sancho?

—Sí que me faltan.

—De modo que no tenemos qué comer hoy.

—Eso sería —dijo Sancho— si faltaran por estos prados las hierbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados andantes caballeros como vuestra merced es.

—Con todo —dijo don Quijote—, tomaría yo ahora con más gusto un cuartal de pan o una hogaza y dos docenas de sardinas aren-

ques que cuantas hierbas describe el *Dioscórides*, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna. Pero, no obstante, sube en tu jumento, buen Sancho, y vente tras de mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de abandonar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no abandona a los mosquitos del aire ni a los gusanillos de la tierra ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y los malos y llueve sobre los injustos y justos.

—Más bueno era vuestra merced —dijo Sancho— para predicador que para caballero andante.

—De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, Sancho, porque hubo caballero andante en los pasados siglos que lo mismo se ponía a hacer un sermón o plática en mitad de un camino real como si fuera graduado por la Universidad de París: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.

—De acuerdo, sea así como dice vuestra merced. Vayámonos ahora de aquí y busquemos donde alojarnos esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas ni manteadores ni fantasmas ni moros encantados, que si los hay, lo mandaré todo al infierno.

—Pídeselo a Dios, hijo —dijo don Quijote—, y guía tú por donde quieras, que esta vez quiero dejar a tu elección el alojarnos. Pero dame acá la mano y tiéntame con el dedo y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan de este lado derecho, de la quijada alta, que ahí siento el dolor.

Metió Sancho los dedos, y estándole tentando, le dijo:

—¿Cuántas muelas solía tener vuestra merced en esta parte?

—Cuatro —respondió don Quijote—, aparte de la del juicio, todas enteras y muy sanas.

—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor.

—Digo cuatro, si no eran cinco, porque no me han sacado en toda mi vida diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de caries ni de infección alguna.

—Pues en esta parte de abajo no tiene vuestra merced más que dos muelas y media; y en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.

—¿Desventurado de mí! —dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que le daba su escudero—. ¡Más querría que me hubieran

arrancado un brazo!, no siendo el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante. Pero a todo esto estamos sujetos los que profesamos la estricta orden de la caballería. Sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quieras.

Así lo hizo Sancho y se encaminó hacia donde le pareció que podía hallar alojamiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido.

Yéndose, pues, poco a poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaba sosegar ni atender a darse prisa, quiso Sancho entretenerlo y divertirlo diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX

DE LOS ENJUNDIOSOS COLOQUIOS QUE SANCHO MANTENÍA CON SU AMO Y DE LA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ CON UN CUERPO MUERTO, CON OTROS ACONTECIMIENTOS FAMOSOS

—Me parece, señor mío, que todas estas desventuras que nos han sucedido estos días han sido sin duda alguna como pena por el pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, por no haber cumplido el juramento que hizo de no comer pan a manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que venía después y que vuestra merced juró cumplir hasta quitar aquel yelmo de Malandrino, o como se llame el moro, que no me acuerdo bien.

—Tienes mucha razón, Sancho —dijo don Quijote—, pero, para decirte la verdad, eso se me había pasado de la memoria, y también puedes tener por cierto que por culpa de no habérmelo tú recordado a tiempo te sucedió aquello de la manta. Pero yo haré la enmienda, que en la orden de la caballería para todo hay maneras de arreglarlo.

—Pues ¡juré yo algo acaso?

—No importa que no hayas jurado: basta que yo entienda que no estás libre de sospecha, y por sí o por no, no será malo proveernos de remedio.

—Pues si ello es así —dijo Sancho—, mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto como lo del juramento: quizá les vuelva la gana a los fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si lo ven tan pertinaz.

En estas y otras pláticas los tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni encontrar donde recogerse aquella noche; y lo que no había de bueno en ello era que perecían de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que, sin artificio alguno, verdaderamente lo parecía. Y fue que la noche cerró con alguna oscuridad, pero, pese a esto, caminaban, creyendo Sancho que, pues aquel camino era real, a una o dos leguas hallarían en él razonablemente alguna venta.

Yendo, pues, de esta manera, la noche oscura, el escudero hambriento y el amo con ganas de comer, vieron que por el mismo camino que iban venía hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían. Se pasmó Sancho al verlas, y don Quijote no las tuvo todas consigo. Tiró el uno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su rocino, y estuvieron quedados, mirando atentamente lo que podía ser aquello. Y vieron que las lumbres se iban acercando a ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecían; a cuya vista Sancho comenzó a temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron a don Quijote, que animándose un poco, dijo:

—Esta, sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo.

—¡Desdichado de mí! Si acaso esta aventura fuese de fantasmas, como me lo va pareciendo, ¿dónde habrá costillas que la sufran?

—Por más fantasmas que sean —dijo don Quijote—, no consentiré yo que te toquen el pelo de la ropa; que si la otra vez se mofaron de ti, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral. Pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo esgrimir mi espada como quiera.

—Y si lo encantan y entumecen, como hicieron la otra vez, ¿qué aprovechará estar en campo abierto o no?

—Con todo, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo.

—Lo tendré, si Dios quiere.

Y apartándose los dos a un lado del camino, tornaron a mirar atentamente lo que podía ser aquello de aquellas lumbres que caminaban. Y de allí a muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión remató de todo punto el ánimo de Sancho Panza, que comenzó a dar diente con diente, como quien tirita por la fiebre cuartana. Y creció más el batir y dentellear cuando vieron claramente lo que era, porque descubrieron a unos veinte encamisados, todos a caballo, con sus antorchas encendidas en las manos, detrás de los cuales venía una litera cubierta de luto, a la cual seguían otros seis de a caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron en el sosiego con que caminaban que no eran caballos. Iban los encamisados murmu-

rando para sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión, a tales horas y en tal despoblado, bastaba de sobra para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo; y así hubiera podido suceder con don Quijote, porque ya Sancho había dado al traste con todo su esfuerzo. Lo contrario le sucedió a su amo, al que en aquel punto se le representó en su imaginación al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros. Se le figuró que la litera eran andas donde debía de ir algún malherido o muerto caballero, cuya venganza a él solo estaba reservada. Y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, se puso bien en la silla, y con gentil brío y compostura se puso en la mitad del camino por donde forzosamente habían de pasar los encamisados; y cuando los vio cerca alzó la voz y dijo:

—¡Deteneos, caballeros, o quienesquiera que seáis, y dadme cuenta de quiénes sois, de dónde venís, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis! Que, según todos los indicios, o vosotros habéis fecho, o vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, para castigaros del mal que ficisteis, o para vengaros del tuerto que vos hicieron.

—Vamos con prisa —respondió uno de los encamisados—, y está la venta lejos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedís.

Y picando la mula, siguió adelante. Se ofendió grandemente don Quijote con esta respuesta, y trabando del freno a la mula, dijo:

—Deteneos, y sed más educado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado. Si no, conmigo sois todos en batalla.

Era la mula asustadiza, y al trabarla del freno se espantó de tal manera, que alzándose de manos dio con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba a pie, viendo caer al encamisado, comenzó a denostar a don Quijote, quien, ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón arremetió a uno de los enlutados, y dio con él en tierra malherido; y revolviéndose a por los demás, era cosa de ver la presteza con que los acometía y desbarataba, que no parecía sino que en aquel instante le habían nacido alas a Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso.

Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y así, dejaron con facilidad en un momento la refriega y comenzaron a correr por aquel campo con las antorchas encendidas, que no

parecían sino los de las máscaras que corren en noche de regocijo y fiesta. Los enlutados asimismo, revueltos y envueltos en sus faldamentos y sotanas, no se podían mover, así que don Quijote los apaleó muy cumplidamente a todos y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre, sino diablo del infierno que les salía a quitar el cuerpo muerto que llevaban en la litera.

Todo lo miraba Sancho, admirado del ardor de su señor, y decía para sí:

—Sin duda, este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice.

Estaba una antorcha ardiendo en el suelo, junto al primero que derribó la mula, a cuya luz lo pudo ver don Quijote, y, llegándose a él, le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese, y que si no, lo mataría. A lo cual respondió el caído:

—Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada. Suplico a vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, ya que soy licenciado y tengo las primeras órdenes.

—Pues ¿quién diablos os ha traído aquí, siendo hombre de Iglesia? —dijo don Quijote.

—¿Quién, señor? —replicó el caído—. Mi desventura.

—Pues otra mayor os amenaza, si no me satisfacéis a todo cuanto os pregunté antes.

—Con facilidad será vuestra merced satisfecho; y así, sabrá vuestra merced que, aunque antes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y me llamo Alonso López; soy natural de Alcobendas, y vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las antorchas; vamos a la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fue depositado; y ahora, como digo, llevábamos sus huesos a su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural.

—¿Y quién lo mató? —preguntó don Quijote.

—Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le entraron.

—De esa suerte —dijo don Quijote—, Nuestro Señor me ha quitado el trabajo de tener que vengar su muerte si algún otro lo hubiera muerto. Pero habiéndolo muerto quien lo mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo haría si a mí mismo me hubiese matado. Y quiero que sepa vuestra reve-

rencia que yo soy un caballero de la Mancha llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios.

—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos, pues a mí me habéis vuelto de derecho tuerto, dejándome una pierna quebrada que no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de tal manera, que me quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topár con vos, que vais buscando aventuras.

—No todas las cosas —dijo don Quijote— suceden como se piensan. El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veníais: de noche, vestidos con esos sobrepellices, con las antorchas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábais cosa mala y del otro mundo. Y así, yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoo, y os habría acometido aunque hubiese sabido verdaderamente que erais los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve en todo momento.

—Ya que así lo ha querido mi suerte —dijo el bachiller—, suplico a vuestra merced, señor caballero andante que tan mala andanza me ha dado, me ayude a salir de debajo de esta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla.

—¡Y yo habla que te habla! —dijo don Quijote—. ¿Y hasta cuándo aguardabais a decirme vuestro afán?

Al punto dio voces a Sancho Panza de que viniese, pero él no se apresuró a venir, porque andaba ocupado desvalijando una acémila con provisiones que traían aquellos buenos señores, bien abastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento. Y luego acudió a las voces de su amo y ayudó a sacar al señor bachiller de la opresión de la mula; y poniéndolo encima de ella, le dio la antorcha, y don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros y que les pidiese de su parte perdón por el agravio, que no había estado en su mano dejar de hacerlo. Le dijo también Sancho:

—Si acaso quisieran saber esos señores quién ha sido el valeroso que los puso así, les dirá vuestra merced que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el Caballero de la Triste Figura.

Con esto se fue el bachiller, y don Quijote preguntó a Sancho que qué le había movido a llamarlo el Caballero de la Triste Figura, más triste entonces que nunca.

—Yo se lo diré—respondió Sancho—: porque le he estado mirando un rato a la luz de aquella antorcha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura que haya visto de un tiempo a esta parte; y lo debe de haber causado el cansancio de este combate, o la falta de las muelas y dientes.

—No es eso—respondió don Quijote—, sino que al mago a cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas le habrá parecido bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: uno se llamaba el de la Ardiente Espada; otro, el del Unicornio; aquel, el de las Doncellas; este, el del Ave Fénix; otro, el caballero del Grifo; el de más allá, el de la Muerte: y por estos nombres e insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y así, digo que el mago ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llameses el Caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme de hoy en adelante. Y para que mejor me cuadre tal nombre, haré pintar en mi escudo, cuando haya lugar, una muy triste figura.

—No hay por qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura—dijo Sancho—, lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya y muestre su rostro a los que le miren, que sin más ni más y sin otra imagen ni escudo le llamarán el de la Triste Figura; y créame que le digo la verdad, porque le aseguro a vuestra merced, señor (y esto sea dicho en broma), que le hace tan mala cara el hambre y la falta de las muelas, que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien ahorrar la triste pintura.

Se rió don Quijote del donaire de Sancho; pero, con todo, se propuso llamarse con aquel nombre, en cuanto pudiera pintar su escudo o rodela como había imaginado.

—Se me olvidaba decir que advierta vuestra merced que queda descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *iuxta illud*, «Si quis suadente diabolo», etcétera (según aquello: si alguien persuadido por el diablo, etc.).

—No entiendo ese latín—respondió don Quijote—, pero yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; además yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a

vestigios del otro mundo. Y si así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad el Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.

Después de oír esto el bachiller, se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quería don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos o no, pero no lo consintió Sancho:

—Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más a su salvo de todas las que yo he visto. Pero podría ser que esta gente, aunque vencida y desbaratada, cayendo en la cuenta de que los venció una sola persona, corridos y avergonzados de esto, volviesen a rehacerse y a buscarnos y nos diesen en qué ocuparnos. El jumento está como conviene; la montaña, cerca; el hambre carga: no hay más que hacer que retirarnos con gentil compás de pies, y, como dicen, váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza.

Y arreando a su asno, rogó a su señor que le siguiese, y pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle a replicar le siguió. Y a poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon y Sancho alivió el jumento; y tendidos sobre la verde hierba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un tiempo, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambra que en la acémila de las provisiones traían los señores clérigos del difunto—que pocas veces se permiten pasarlo mal.

Pero les sucedió otra desgracia, que Sancho tuvo por la peor de todas, y fue que no tenían vino que beber, ni aun agua que llevar a la boca; y acosados por la sed, dijo Sancho—viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda hierba—lo que se dirá en el próximo capítulo.

5 se llevó su comida

CAPÍTULO XX

DE LA NUNCA VISTA NI OÍDA AVENTURA
QUE NINGÚN FAMOSO CABALLERO EN EL MUNDO HAYA
ACOMETIDO Y DE LA QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE
DE LA MANCHA DIO CUENTA CON EL MENOR PELIGRO

—Señor mío, estas hierbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que las humedece, y así, estará bien que vayamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que el hambre.

Le pareció bien el consejo a don Quijote, y tomando de la rienda a Rocinante, y Sancho del cabestro a su asno, después de haber puesto sobre él las sobras que quedaron de la cena, comenzaron a caminar a tientas por el prado arriba, porque la oscuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; pero apenas habían andado doscientos pasos, cuando llegó a sus oídos un gran ruido de agua, como que se despeñaba de algunos grandes y levantados riscos. Les alegró el ruido en gran manera, y parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron de pronto otro estruendo que les aguló el contento del agua, especialmente a Sancho, que de suyo era medroso y de poco ánimo. Digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, habrían puesto pavor en cualquier otro corazón que no fuera el de don Quijote.

Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido, de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban ni el viento dormía ni la mañana llegaba, añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo:

—Sancho amigo, has de saber que yo nací en esta nuestra edad de hierro por voluntad del cielo para resucitar en ella la de oro,

o dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos fechos. Yo soy, repito, quien ha de resucitar a los de la Tabla Redonda, a los Doce de Francia y a los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido a los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, y a toda la caterva de los famosos caballeros andantes del tiempo pasado, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que oscurezcan los más preclaros que ellos hicieron. Bien notas, escudero fiel y leal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca vinimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesante golpear que nos hiere y lastima los oídos, cosas que todas juntas y cada una por sí son suficientes para infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, y más en aquel que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestre. Así que aprieta un poco las cinchas a Rocinante, y quédate con Dios, y espérame aquí no más de tres días, después de los cuales si no vuelvo puedes tú volverte a nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso a decir a la incomparable señora mía Dulcinea que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo y a decirle:

—Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura. Ahora es de noche, aquí no nos ve nadie: bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días. Y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos tache de cobardes, y más cuando yo he oído predicar al cura de nuestro pueblo, que vuestra merced conoce bien, que quien busca el peligro perece en él. Así que no está bien tentar a Dios acometiendo tan desafortunado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro, y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced librándole de ser manteado como yo lo fui y sacándole vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como

acompañaban al difunto. Y si todo esto no mueve ni ablanda ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se haya apartado vuestra merced de aquí, yo, de miedo, daré mi ánima a quien quiera llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos; pero como la codicia rompe el saco, a mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces me ha prometido vuestra merced, veo que en pago y trueco de ella me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. ¡Por un solo Dios, señor mío, que no se me haga tal desaguisado! Y si no quiere vuestra merced desistir del todo de acometer este hecho, dilátelo al menos hasta la mañana, que lo que a mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor es que de aquí al alba no debe de haber ni tres horas, porque la boca de la Osa Menor está encima de la cabeza y hace la medianoche en la línea del brazo izquierdo.

—¿Cómo puedes tú, Sancho, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca o ese colodrillo que dices, si hace una noche tan oscura que no aparece en todo el cielo estrella alguna?

—Así es, pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, aunque por buenas razones bien se puede entender que falta poco de aquí al día.

—¡Falte lo que falte! Que no se ha de decir de mí ahora ni en ningún tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía a estilo de caballero. Y así, te ruego, Sancho, que calles: que Dios, que me ha dado ánimos para acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquí, que yo estaré de vuelta pronto, vivo o muerto.

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo y qué poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, decidió aprovecharse de sus mañas y hacerle esperar hasta que amaneciese, si podía; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, fácil y sigilosamente ató con el cabestro de su asno ambas patas a Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

—Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias,

ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y darle, será enojar a la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijón.

Se desesperaba con esto don Quijote, y por más que metía las espuelas al caballo, menos lo podía mover; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo a bien sosegar y esperar a que amaneciese, o que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venía de otra parte que de las mañas de Sancho. Y así, le dijo:

—Pues ya que Rocinante no puede moverse, Sancho, me contento con esperar a que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tarde en venir.

—No hay que llorar —dijo Sancho—; que yo entretendré a vuestra merced contando cuentos de aquí al día, si acaso no se quiere apear y echarse a dormir un poco sobre la verde hierba, a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y momento de acometer esta incomparable aventura que le espera.

—¿A qué llamas apear, o a qué dormir? ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú, que naciste para dormir, o haz lo que quieras, que yo haré lo que vea que más se aviene con mi pretensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío, que no lo dije yo por eso.

Y llegándose a él, puso una mano en el arzón delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado al muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar de él un dedo: tal era el miedo que tenía a los golpes que seguían sonando sin pausa. Le dijo don Quijote que contase algún cuento para entretenerlo, como se lo había prometido; a lo que Sancho dijo que sí lo haría, si le dejara el temor de lo que oía.

—Pero, con todo, yo me esforzaré en decir una historia que, si la acierto a contar y no me interrumpen, es la mejor de las historias; y esteme vuestra merced atento, que ya comienzo: «Érase que se era, el bien que venga para todos sea, y el mal, para quien lo vaya a buscar...». Y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron a sus cuentos no fue de cualquier manera, que fue una sentencia de Catón Zonzorino romano, que dice «y el mal, para quien lo vaya a buscar», que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo y no

vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza a que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho, y del camino que hemos de seguir déjame a mí el cuidado.

—Digo, pues —prosiguió Sancho—, que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, y este pastor o cabrerizo, como digo en mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, y esa pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...

—Si cuentas tu cuento de esa manera, Sancho, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dilo todo seguido y cuéntalo como hombre de entendimiento, o si no, no digas nada.

—De la misma manera que yo lo cuento se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlas de otra, ni está bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Di como quieras, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

—Así que, señor mío de mi ánima —prosiguió Sancho—, que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos pocos de bigotes, que parece que la estoy viendo.

—O sea, que la conociste.

—No la conocí yo, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando se lo contase a otro, afirmar y jurar que lo había visto todo. Así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo enreda, hizo de manera que el amor que el pastor tenía a la pastora se volviese en rencor y mala voluntad; y la causa fue, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dio, tales, que pasaban de la raya y llegaban a lo vedado. Y fue tanto lo que el pastor la aborreció de allí en adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra e irse donde sus ojos no la viesan jamás. La Torralba, que se vio desdeñada del Lope, empezó a quererlo, aunque nunca lo había querido.

—Esa es natural condición de las mujeres: desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece. Continúa, Sancho.

—Sucedió que el pastor llevó a cabo su determinación, y echando adelante sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura, para pasarse a los reinos de Portugal. La Torralba, que lo supo, se fue tras él y le seguía a pie y descalza desde lejos, con un bordón o cayado en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine y no sé qué botecillo con untos para la cara; pero llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguarlo, sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado a pasar el río Guadiana, que en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase a él ni a su ganado a la otra parte, con lo que se acongojó mucho, porque veía que la Torralba venía ya muy cerca y le iba a atosigar mucho con sus ruegos y lágrimas; pero tanto anduvo mirando, que vio a un pescador que tenía junto a sí un barco, tan pequeño que solamente podían caber en él una persona y una cabra; y, pese a esto, le habló y concertó con él que le pasase a él y a las trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra; volvió y pasó otra; tornó a volver y tornó a pasar otra... (Lleve vuestra merced la cuenta de las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la cuenta, se acabará el cuento, y no será posible contar una palabra más de él). Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver. Pese a esto, volvió a por otra cabra, y otra, y otra...

—Haz cuenta que las pasó todas, Sancho, no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora? —dijo Sancho.

—¿Y yo qué diablos sé?

—Se lo dije: lleve buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, y no voy a seguirlo.

—¿Cómo puede ser eso? —dijo don Quijote—. ¿Tan de esencia de la historia es saber por extenso las cabras que han pasado, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, de ninguna manera. Porque al preguntar a vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fue a mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y la verdad es que era de mucha virtud y contento.

—¿De modo que se ha acabado ya la historia?

—Tan acabada está como mi madre —dijo Sancho.

—De verdad te digo que has contado una de las más nuevas consejas, cuento o historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que jamás se podrá ver ni se habrá visto en toda la vida tal modo de contarla ni dejarla, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso. Pero no me extraña, pues quizá estos golpes que no cesan te tienen turbado el entendimiento.

—Todo puede ser, pero yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir, que allí se acaba donde comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe en buena hora donde quiera —dijo don Quijote—, y veamos si se puede mover Rocinante.

Le tornó a meter las espuelas, y él tornó a dar saltos y a estarse quedo, tan bien atado estaba.

En esto, parece ser que el frío de la mañana que ya venía, o que Sancho hubiese cenado algún purgante, o que fuese cosa natural —que es lo que se debe creer más—, a él le vino en voluntad y deseo hacer lo que otro no podría hacer por él; pero era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse de su amo ni el negro de una uña. Pero tampoco era posible pensar no hacer lo que tenía ganas. Y así, lo que hizo, discretamente, fue soltar la mano derecha, que tenía asida al arzón trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que se sostenían sin ninguna otra ayuda los calzones, y, quitándosela, se cayeron al momento abajo y se le quedaron como grilletes; tras esto, alzó la camisa lo mejor que pudo y echó al aire ambas posaderas, que no eran muy pequeñas. Hecho esto, que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia, le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podía evacuar sin hacer estrépito y ruido, y comenzó a apretar los dientes y a encoger los hombros, conteniendo el aliento todo cuanto podía; pero, con todas estas diligencias, fue tan desdichado, que acabó haciendo un poco de ruido, bien diferente de aquel que a él le metía tanto miedo. Lo oyó don Quijote y dijo:

—¿Qué rumor es ese, Sancho?

—No sé, señor. Alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez a probar ventura, y le sucedió tan bien, que sin más ruido ni alboroto que al principio se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado. Pero como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido a él, que casi en línea recta subían los vapores hacia arriba, no pudo evitar que algunos no llegasen a sus narices; y apenas llegaron, se aprestó a socorrelas apretándoselas con dos dedos, y con tono algo gangoso dijo:

—Me parece, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí lo tengo, ¿pero en qué lo nota vuestra merced ahora más que antes?

—En que ahora hueles más que antes, y no a ámbar.

—Bien podrá ser, pero yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres o cuatro allá, amigo —dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices)—, y de aquí en adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía; que el mucho trato que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaría que vuestra merced piensa que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no debía.

—Más vale no meneallo, amigo Sancho.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; pero viendo Sancho que la mañana se venía a toda prisa, desligó con mucho tiento a Rocinante y se ató los calzones. En cuanto Rocinante se vio libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió y comenzó a dar manotadas, porque cabriolas (con perdón suyo) no las sabía hacer. Viendo, pues, don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo por buena señal y creyó que lo era para acometer aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de aparecer con claridad las cosas, y vio don Quijote que estaba entre unos árboles altos, y que estos eran castaños, de los que hacen la sombra muy oscura. Notó también que el golpear no cesaba, pero no vio quién lo podía causar, y así, sin detenerse más, hizo sentir las espuelas a Rocinante, y tornando a despedirse de Sancho, le mandó que le aguardase allí tres días, todo lo más, como ya se lo había dicho la víspera, y que si al cabo de ellos no había vuelto, tuviese por cierto que Dios había tenido a bien que se le acabasen sus días en aquella peligrosa aventura. Le tornó a referir el recado y em-

bajada que había de llevar de su parte a su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba a la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes de salir de su pueblo, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante a su salario, en proporción al tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin rescate, podía tener por muy más que segura la prometida ínsula.

De nuevo tornó a llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras palabras de su buen señor, y decidió no dejarlo hasta el último tránsito y fin de aquel negocio.

De estas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor de esta historia que debía de ser bien nacido y desde luego cristiano viejo. Aquel sentimiento enterneció algo a su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes bien, disimulando lo mejor que pudo, comenzó a caminar hacia la parte por donde le pareció que venía el ruido del agua y del golpear.

Le seguía Sancho a pie, llevando del cabestro, como tenía costumbre, a su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas. Y habiendo andado un buen trecho por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que se formaba al pie de unas altas peñas, de las que se precipitaba un grandísimo golpe de agua. Al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear que aún no cesaba.

Se alborotó Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y, sosegándolo, don Quijote se fue llegando poco a poco a las casas, encomendándose de todo corazón a su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también a Dios, que no le olvidase. No se le quitaba del lado Sancho, que alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si se veía ya lo que lo tenía tan suspenso y medroso.

Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando al doblar una punta apareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido que tan suspensos y medrosos los había tenido toda la noche. Y eran (si no lo tienes, lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus golpes alternados formaban aquel estruendo.

Cuando don Quijote vio lo que era, enmudeció y se quedó pasmado de arriba abajo. Le miró Sancho y vio que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, con muestras de estar abochornado. Miró también don Quijote a Sancho y le vio que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él que a la vista de Sancho pudiese dejar de reírse; y en cuanto vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió a su risa, con el mismo ímpetu que antes; de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y más cuando le oyó decir como con zumba:

—«Has de saber, Sancho amigo, que yo nací en esta nuestra edad de hierro por voluntad del cielo para resucitar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos...».

Y por aquí fue repitiendo todas o la mayoría de las frases que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, don Quijote que Sancho hacía burla de él, se afrentó y enojó tanto, que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales, que si como los recibió en las espaldas los hubiese recibido en la cabeza, habría quedado libre de pagarle el salario, si no fuera a sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no fuese a más en ellas, le dijo con mucha humildad:

—Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que sólo era una broma.

—Pues porque bromeáis, no bromeo yo —dijo don Quijote—. Venid acá, señor alegre: ¿os parece a vos que si estos, en lugar de mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no habría yo mostrado el ánimo que convenía para emprenderla y acabarla? ¿Estoy yo obligado acaso, siendo como soy caballero, a conocer y distinguir los sones y saber cuáles son de batán o no? Y además, puede ser, como es verdad, que no los haya visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se conviertan en seis juyanes, y echádmelos a las barbas uno a uno, o todos juntos, y si yo no los pongo a todos patas arriba, haced de mí la burla que queráis.

—No siga, señor mío —replicó Sancho—, que confieso que he andado algo risueño en demasía. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz (y así Dios lo saque de todas las aventuras que le sucedan tan sano y salvo como lo ha sacado de esta): ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? Al menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya sé yo que no lo conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.

—No niego yo que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse, que no todas las personas son tan discretas que sepan poner las cosas en su punto.

—Al menos —dijo Sancho—, vuestra merced supo poner en su punto el lanzón apuntándome a la cabeza y dándome en las espaldas, gracias a Dios y a la diligencia que puse en ladearme. Pero vaya, todo acabará sabiéndose. Que yo he oído decir: quien bien te quiere te hará llorar. Es más: que suelen los señores principales, tras una mala palabra que dicen a un criado, darle después unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, a menos que los caballeros andantes den ínsulas tras los palos, o reinos en tierra firme.

—Así podría querer la suerte que todo lo que dices venga a ser verdad —dijo don Quijote—. Y perdona lo pasado, pues eres comprensivo y sabes que los primeros impulsos no dependen del hombre ni están en su mano, pero estate advertido de aquí en adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo. Y la verdad es que lo tengo a gran falta, tuya y mía: tuya, en que me estimas en poco; mía, en que no me dejas estimar en más. Sí, que Gandalín, escudero de Amadís de Gaula, fue conde de la Ínsula Firme, y se lee de él que siempre hablaba a su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo al modo turquesco. Y qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado que, para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia. De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo a mozo, de señor a criado y de caballero a escudero. Así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos tanta cuerda; porque de cual-

quier manera que yo me enoje con vos, tanto si da el cántaro en la piedra o la piedra en el cántaro, ha de ser mal para el cántaro. Las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán a su tiempo; y si no llegasen, el salario al menos no se perderá, como ya os he dicho.

—Está bien cuanto vuestra merced dice —dijo Sancho—, pero querría yo saber, por si acaso no llega el tiempo de las mercedes y fuese necesario acudir al de los salarios, cuánto ganaba el escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se apalabraban por meses, o por días, como peones de albañil.

—No creo yo que esos escuderos estuvieran jamás a salario, sino a merced o favor de su señor. Y si yo ahora te lo he señalado a ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fue por lo que pudiera suceder, que aún no sé cuánto da de sí la caballería en estos tan calamitosos tiempos nuestros, y no querría que por tan poco penase mi ánima en el otro mundo. Porque quiero que sepas, Sancho, que en este no hay estado más peligroso que el de los aventureros.

—Esa es la verdad, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como vuestra merced. Pero puede estar bien seguro que de aquí en adelante no despegaré mis labios para hacer donaires con las cosas de vuestra merced, sino para honrarlo como a mi amo y señor natural.

—De esa manera —replicó don Quijote— vivirás como se debe sobre la faz de la tierra, porque, después de a los padres, se ha de respetar a los amos como si lo fuesen.